



## LoS CoNteM poRa ñEoS

### SOLJENITSIN- SALTAMONTES

"Soljenitsin, mi pequeño y querido saltamontes, la cuestión está en ser uno con el mundo occidental". Soñé que yo era el maestro ciego y que Soljenitsin venía a pedirme consejo: uno no es responsable de sus sueños.

"Maestro, ¿puedo ya andar por el mundo occidental?". "El día en que le quites a Nixon una cinta magnetofónica de la mano, podrás".

"Maestro, ¿dónde podré hallar la verdad?". "Búscala en la paz de Kissinger, en la democracia de Grecia, en la revolución peronista, en la gripe de Pompidou, en el socialismo de Willy Brandt, en las elecciones inglesas, en el poder civil de Turquía, en el orden de Pinochet, en la honestidad de Agnew". "¿Y si no la encuentras?". "Será que todavía no le has quitado la cinta a Nixon".

Se quedó un rato en silencio, devanando su perplejidad. Mi sonrisa de maestro ciego se hizo más y más estúpida. "Maestro —musitó—, es todo muy difícil de comprender". "Está escrito en el Libro del Tao que el ingenio más grande se parece a la estupidez, la elocuencia más grande se parece al tartamudeo. Y también que cuanto más se persigue el conocimiento menos se sabe. Dice el maestro Laotse que cuando dos ejércitos de fuerzas iguales se encuentran, es el hombre infortunado el que gana".

Mi Soljenitsin onírico me dijo: "Maestro, vengo de un mundo oscuro y busco la luz". Entonces le coloqué el viejo cuento que el emperador Tang contaba a su discípulo Chi hacia el año mil setecientos y pico a. de C. "Al Norte de Ch'ugta hay un Mar Negro, el Lago Celestial. En él mora un pez que mide varios miles de li de ancho y no sé cuántos miles de li de largo. Se llama el k'un. Hay también, un pájaro, llamado el p'eng, con una espalda como el monte Tai y alas como nubes en el cielo. Se remonta a una altura de noventa mil li, por encima de la región de las nubes, teniendo sólo el cielo claro por delante. Y entonces di-

rige su vuelo al Océano Austral. Y cuando escuchaba esta narración, un gorrión del lago rió y dijo: ¿Qué puede esta criatura tratar de hacer? Yo no me elevo más que unos cuantos metros sobre el suelo y vuelvo

a posarme después de haber volado alrededor de las cañas. Eso es lo que puede uno tratar de volar. Pero, esa criatura, ¿dónde puede pretender irse? Así habló el gorrión". "Maestro, ¿no puedes aclararme lo que acabas de decir?". "Sí. Escucha con atención, pequeño y querido saltamontes: Un hombre del estado de Sung llevaba algunas capas ceremoniales a las tribus de Yueh para su venta. Pero los hombres de Yueh acostumbraban a cortar sus cabellos y pintar sus cuerpos, de manera que no tenían necesidad de usar esas cosas".

"Maestro: ¿Soy yo el hombre infortunado que gana cuando se encuentran los dos ejércitos, soy el pájaro p'eng que vuela al Océano Austral, soy el comerciante de Sung que lleva unos tesoros a un mundo en el que son inservibles?". "No me lo preguntes a mí, sino al ti mismo. Mira tu propio interior. Y cuando no veas nada, comenzarás a saber quién eres".

"Maestro, ¿tú crees que todas las cosas son iguales?". "¿Cómo puedo saberlo?". "¿Sabes lo que no sabes?". "¿Cómo puedo saberlo?". "Pero, entonces, ¿nadie lo sabe?". "¿Cómo puedo saberlo?".

Fue entonces cuando el Soljenitsin-Saltamontes cogió el palo. "Hablas —me dijo— con palabras confusas, que quieren y no quieren decir". Rei con alegría y tomé mi palo. "Comienzas a comprender el secreto de Occidente. Dentro de poco podrás quitarle la cinta a Nixon". Me puse en guardia. Pero el discípulo me pegó con el palo en la cabeza. En la venerable calva de marfil. Me desvanecí, entre nubes de incienso y rumor de cataratas.

Y me desperté. Con el horror de cada mañana de tener que comenzar un nuevo día. ■

POZUELO